

CIUDADANOS DEL CIELO

Queridos diocesanos:

Por la resurrección de Jesús el cielo se ha abierto para el hombre. Dios nos ha concedido el perdón de los pecados y nos llama a vivir con Él, a estar con Él para siempre. Jesús ha penetrado en el Santuario y nos ha abierto un camino (cf. Heb 6, 20). Nuestro destino es el cielo.

Vivimos el mundo presente, pero sabemos que este mundo es transitorio. “Lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno” (2 Cor 4, 18), escribe San Pablo. Y a la comunidad de Filipos (3, 12-21) les expone con claridad que somos ciudadanos del cielo y les hace ver la consecuencia de esta afirmación. Hay muchas personas que viven sólo para el mundo presente y se afanan por las cosas de esta vida, pensando que alcanzarán la felicidad teniendo más cosas o mediante el placer. Pero el cristiano no puede vivir de esta manera, porque su carta de ciudadanía está en el cielo.

Estar llamado al cielo significa que nuestro futuro es la felicidad sin límites, que sólo puede encontrarse en lo que nos trasciende. A veces se presenta una caricatura del cielo, como un lugar aburrido, que suele imaginarse lleno de nubecillas y arpas celestiales. Pero el cielo no es otra cosa que vivir en comunión plena con Dios: “seremos semejantes a Él” (1 Jn 3, 2). En Dios hallamos nuestra plenitud como seres humanos. Él es la Verdad plena que anhelamos, el Bien sin medida por el que suspiramos, la Belleza que nunca se agota. La comunión con Dios nos pone, además, en comunión con todos los bienaventurados; también con muchas personas a las que hemos amado y que nos esperan allí.

Saber que somos ciudadanos del cielo no nos hace vivir el mundo con menos profundidad. No somos unos soñadores ilusos a los que no les interese la vida. Muy al contrario, conocer nuestra meta nos da fuerza y coraje para luchar por la vida y trabajar por construir un mundo nuevo, una civilización basada en el amor. En la Encíclica *Lumen Fidei* escribe el Papa Francisco: “Las manos de la fe se alzan al cielo, pero a la vez edifican, en la caridad, una ciudad construida sobre relaciones, que tienen como fundamento el amor de Dios” (n. 51). Pensar en la vida futura nos da también sensatez para valorar las cosas de este mundo y sabiduría para apreciarlas en su justa medida.

Somos peregrinos en camino hacia la meta. Cuanto hacemos en la vida, en el trabajo, con nuestra familia, tiene que estar dirigido por esta “esperanza de llegar un día a la resurrección de entre los muertos” (Filp 3, 13). Esta es la meta, la felicidad a la que aspiramos a la que “nos llama Dios desde arriba en Cristo Jesús” (3, 14). Mientras alcanzamos la meta, transmitamos a los hombres el deseo del cielo, contagiemos la alegría de ser llamados a gozar por completo de un Dios que nos ama.